

ello el interés que desde el principio le mueve por buscar una Historia estructurada y construida por el pensamiento. Parte del conocido pasaje del prólogo a la «Contribución de la crítica de la economía política», texto que contiene la versión más cerrada de un determinismo económico y alcanza el esquema de una Historia que no es relato, sino estructura mental<sup>12</sup>. Altamira se reduce a unos comentarios sobre el discutido punto de ese planteamiento según el determinismo económico, entre quienes lo consideran factor único, exclusivo de la marcha del acontecer y quienes hablan de él como «causa principal», dominante en último término en la Historia. Le interesan las atenuaciones que, en doble dirección, ha sufrido esa concepción de la Historia, conforme a la cual se leía a Karl Marx, y que al ser recogida por Engels es objeto de una relativización mayor<sup>13</sup>.

En Altamira —a quien la economía, como variable de la vida histórica, sin duda, no le atrae (en general, son mínimas las menciones de nuestro autor a la economía)—, se impone sin duda una solución pluralista. Diez años después de su obra, al publicar sus *Cuestiones obreras*<sup>14</sup>, insiste en que la «cuestión social» no se reduce en modo alguno a sus aspectos económicos, aunque a éstos corresponda la mayor; pero comprende otros factores que no se refieren a las relaciones trabajo-capital, que no son económicos, aunque unos y otros vengan ligados fundamentalmente. Creo que esto es lo que busca y no llega a alcanzar —luego veremos la salida que da a esta dificultad—: una concepción de la Historia basada en la acción múltiple de muy diversas variables. En las páginas de «El materialismo histórico» había citado un número considerable de escritores marxistas, entre ellos A. Loria y B. Croce. Ya allí sostenía que no era posible olvidar otros elementos. Y recordaba la fórmula del belga Vandervelde, según la cual sólo cabía hablar de influencia, no de determinación, posición que parece aceptar nuestro autor. Es significativa esta llamada sobre el que fue gran personaje de la II Internacional, polemista contra la cerrada determinación por la fuerza de la economía, quien protestaba de que se llamara al marxismo «materialista»; con la misma razón se le podría llamar «idealista»<sup>15</sup>. No resisto la tentación de decir al paso que con anterioridad, el doctor Jaime Vera había calificado ya de «idealismo» la corriente de pensamiento marxista<sup>16</sup> y en años más próximos a los nuestros había hecho lo mismo J. Besteiro, en su conferencia del cine Pardiñas, en Madrid<sup>17</sup>.

Otro factor destaca en la teoría de la historia de Altamira. Recordemos que en años jóvenes vive el momento de los estudios sobre la influencia de la geografía. Es la época en que, efectivamente Ratzel fundaba la «Antropogeografía»; en que Lucien Febvre escribirá, como introducción preparatoria a sus originales estudios historiográficos, un volumen en la colección «L'évolution de l'humanité», bajo el título *La terre et l'évolution humaine*: en que se hizo común hablar de «geopolítica» —expresión que entre nosotros llegará hasta Vicens Vives—. La consideración del factor territorial será extensa en Braudel y su escuela, y este eminente investigador hablará de la «geohistoria». Altamira, antes que todos los nombrados, salvo el primero de ellos, afirmará la influencia del suelo, a través de condiciones que impone, del más variado carácter —climatológicos, botánicos, zoológicos, etnográficos, aparte de los muy importantes que se refieren a la configuración del suelo<sup>18</sup>. Mucho tiempo después Altamira se ha orientado hacia otras influencias y tenderá a reducir la importancia del suelo en la formación del carácter nacional, factor

<sup>12</sup> No cita edición ni página. Se sirve mucho de un estudio publicado por Adolfo Posada con el mismo título y en el mismo año, y utiliza también páginas de Alvaro de Albornoz sobre el tema. El estudio de Posada es recogido después por el autor en su libro *Socialismo y reforma social*.

<sup>13</sup> Es este un problema que merece la pena consignarlo —todavía está vivo hoy. Se insiste en el pasaje en el que Engels se refiere a la participación de otros factores, pero concluye que «en último término» es el factor económico el decisivo. El historiador de la economía, Gerschenkron, ha polemizado sobre esta frase «en último término», rechazando el mantenimiento de una prioridad del factor económico que se conserva.

<sup>14</sup> El prólogo está firmado en 1914. Los trabajos incluidos no llevan fecha. Se editó en el mismo año.

<sup>15</sup> Véase su artículo «L'idéalisme marxiste», en la *Revue Socialiste*, febrero de 1904.

<sup>16</sup> Véase J. Vera, Informe a la Comisión de Reformas Sociales (1884).

<sup>17</sup> Julián Besteiro: *Obras completas*, ed. Lamo de Espinosa, CEC, Madrid, 1983, volumen 3.

<sup>18</sup> La enseñanza de la Historia, Madrid, 1891, p. 102.

central en su definitiva concepción del acontecer histórico. Sostiene «la existencia en un grupo de hombres, de cierta unidad más o menos concreta en los intereses, creencias y aspiraciones, y de ahí pasa a establecer que esa «herencia colectiva» del grupo va diferenciando y cristalizando el «genio nacional». No se puede reducir éste —al contrario de lo que hemos visto pensaba Ganivet— a un espíritu territorial: «La personalidad nacional y patriótica no depende tan por completo del suelo, sino ante todo y sobre todo, de la existencia de un espíritu común en el grupo», sin perjuicio de que el suelo influya «en formar ese espíritu, como un factor del mismo, junto a otros de carácter moral o ideal»<sup>19</sup>.

Pero después de haber mostrado su flexibilidad comprensiva<sup>20</sup>, su información sobre posiciones doctrinales, aun cuando permanezcan todavía en un espacio acotado, y su capacidad crítica, se esforzará por dar un mayor relieve a aquel factor de herencia liberal cuyo reino suele oponerse al de la materia (*ideas over matter*). Su amigo y colega en la Universidad de Salamanca, Pedro Dorado Montero, había publicado un artículo realzando «el valor de la conciencia y la intervención reflexiva»<sup>21</sup>. Pero antes, Altamira, en el discurso de apertura del año académico 1898-99, había afirmado que «las ideas son la fuerza y la engendran». Y esto lo había dicho en comentario al tema del desastre que acababa de sufrir militarmente el país, pregonando la regeneración del mismo, afirmando el predominio de los elementos «ideales», de manera que acaba con la tesis de que la solución de los problemas de España, como de cualquier país en situación semejante, se hallaba «en el perfeccionamiento de la enseñanza», en la «política educativa»<sup>22</sup>. Combativamente, manifestará su desestimación «de los que candorosamente creían que las ideas no tienen fuerza alguna y no minan, al fin los terrenos más sólidos»<sup>23</sup>. Desde el sobrio Antonio Machado hasta el fantástico Silverio Lanza, hubieran suscrito, junto a otros escritores de aquellos años, tesis parecidas. Tengo por seguro que hasta el propio Jacinto Benavente, a pesar de lo que intenta probar en *Los intereses creados*<sup>24</sup>.

Pero Altamira se encuentra ante dos respuestas que circulan sobre el principio motor de la historia: la primera afirma que, como acabamos de ver lo hace él, el avance de la historia y el incremento de la civilización se deben a la preponderancia creciente de la reflexión sobre el instinto; la segunda sostiene que, siendo la sociedad humana un producto evolutivo de la sociedad animal, a cuyas leyes no deja de estar sometida, en ella considerada masivamente, el instinto predomina sobre la conciencia. Este último planteamiento se encuentra en la obra del evolucionista Hartmann —a quien cita—, el cual se levanta contra «el fetichismo que considera la voluntad consciente como el último impulso de los hechos». Este modo de ver es propio de todas las posturas evolucionistas; el evolucionismo lleva a una afirmación de lo inconsciente en la historia de las sociedades humanas, de manera que para todas sus direcciones doctrinales, la conciencia es un epifenómeno<sup>25</sup>. Ese profesor L. M. Hartmann, al que se refiere, emplea una terminología que parece de carácter marxista, pero Altamira no cita aquí a Marx y sí a Mach y Bücher. Muy especialmente, la mención del primero de estos dos revela el interés de nuestro autor por estar al día en las discusiones teóricas sobre la ciencia<sup>26</sup>. En definitiva esta cuestión va ligada a otra que más adelante tocaremos sobre el «sujeto» de la Historia. A través de la atribución de este protagonismo a la muchedumbre, se llega inmediata-

<sup>19</sup> Psicología del pueblo español, pp. 56-57. Obras completas, Madrid, CIAP, 1929, volumen VIII.

<sup>20</sup> Le hemos visto antes utilizar en un sentido positivo la voz «sistemático», pero heredero, al fin y al cabo, del pensamiento crítico de la Ilustración, rechaza, conforme al programa que en su día enunciara Condillac, la adhesión a sistema alguno, l'esprit de système.

<sup>21</sup> La España moderna, febrero de 1903.

<sup>22</sup> Op. cit., p. 54.

<sup>23</sup> Ideario político, p. 15, Valencia, 1921 (fecha que lleva una explicación preliminar).

<sup>24</sup> Cuando esta obra, en traducción italiana, fue estrenada en Milán, Gramsci, publicó un comentario elogioso de ella.

<sup>25</sup> Altamira cita la obra de Richard, L'idée d'évolution, en pp. 141-142.

<sup>26</sup> «Cuestiones modernas de Historia», p. 107 y ss. También en la obra de Lenin de más relieve intelectual, Empirismo y empirio-criticismo, se polemiza y se recogen consecuencias del pensamiento de Marx.

mente a considerar en éste el predominio de factor inconsciente (Le Bon). Instintos colectivos, conciencia reflexiva: para Altamira, se condicionan mutuamente<sup>27</sup>.

Quizá por influencia del krausismo, reforzada por otras tendencias «organicistas» que se dan en la época (por ejemplo, Kellen, en la ciencia política), Altamira presenta una base de su imagen de la sociedad en ese sentido. El organismo social es un organismo semejante al organismo biológico. «La unidad de la vida en el organismo social está hoy perfectamente demostrada, así como la recíproca influencia de todas sus partes y elementos». Labor del historiador es la de esforzarse por plasmar ese sentido orgánico y unitario en la vida y este es «el principio fundamental de la metodología histórica». Para la nueva historiografía que hay que hacer «no basta añadir numéricamente capítulos a capítulos, destinado cada uno a la historia particular de un ramo de la cultura (arquitectura, ciencias, ideas religiosas), si no se da a cada cual la significación e influencia que en general tiene, y más propiamente la que ejerciera en el pueblo o época de que se trata; de donde ha de deducirse su papel en la Historia, y en relación con los demás elementos de ella» «Sólo de este modo resultará la unidad orgánica de la vida y de la civilización y llegará a comprenderse cómo influyen unos en otros los diversos órdenes de la actividad humana»<sup>28</sup>. Para él, en virtud de esa conexión, la Historia, al investigarla y ordenarla, se transforma en historia de la civilización que como tal ha de abarcar la vida social en todas sus esferas y no ha de reducirse al desarrollo intelectual, moral y material de un pueblo, sino que ha de comprender su orgánico vivir, en todas sus partes. Y así es como Altamira, después de haber partido de aquella división poco feliz que la historiografía más banal repetía, de Historia externa e interna, acude a la política, que quedaba a extramuros de la vida del pueblo y a la que reconoce tanta influencia en la vida interna<sup>29</sup>.

De esa manera, en el prólogo que en 1921 redacta para encabezar su *Ideario político*, afirma la «unidad y continuidad de la Historia en general y, por tanto, la dependencia en que los hombres y los hechos de hoy están de los hechos y los hombres de tiempos a veces remotos»<sup>30</sup>. Tenemos, en consecuencia, la línea continua, la sucesión entrelazada y dependiente del curso del acontecer histórico. He ahí una base para que aparezca un tipo de conocimiento de los hechos históricos, no igual para sí, pero, en cierto modo, equivalente del de las cosas naturales. Y esto es lo que vieron, incluso aquéllos que no llegaron a dar un paso tan adelante, en el planteamiento de Altamira. Me refiero al eminente Azcárate que recoge palabras suyas y las comenta en pleno acuerdo: «Lo esencial del problema no está en que el conocimiento histórico se conforme o no con la definición aristotélica de la Ciencia y sea susceptible de abstracciones más o menos amplias, sino en que pueda alcanzar aquellas cualidades de verdad, certeza y evidencia que separa el conocer científico del vulgar... Lo que importa es que nuestro saber de los hombres y de las sociedades de los tiempos pasados llegue a ser —mediante el riguroso empleo de los métodos críticos de investigación— tan seguro como el saber de los hechos naturales aunque ni unos ni otros entreguen al observador ni al experimentador el total de su rico y (hoy por hoy, al menos) misterioso contenido»<sup>31</sup>. Hay una distancia que es de estimar entre uno y otro. Altamira sabe que la operación de abstracción es imprescindible en la actividad cognoscitiva y que hacer historia es interpretar; los «métodos críticos» de Azcá-

<sup>27</sup> Ob. cit., pp. 83-93. Altamira hubiera encontrado un valioso apoyo en la posición de Levi-Strauss, que deja lo inconsciente para la Antropología y para la Historia reserva lo consciente. Véase, *El pensamiento salvaje y Antropología estructural*.

<sup>28</sup> Véase «El contenido moderno de la Historia», en el vol. *La enseñanza de la Historia, ya citado*; pp. 96-97.

<sup>29</sup> Ob. cit., p. 99.

<sup>30</sup> Ob. cit., pp. 10 y 11.

<sup>31</sup> «Carácter científico de la Historia», *Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, Madrid, 1910*, p. 66.